

á juzgar á los hombres conforme á sus obras. Aquí vemos que todo se debe perder ántes que la gracia, que todo debe posponerse á la inviolabilidad de la Lei divina: porque nada de cuanto el espacio limita y el tiempo mide puede prevalecer contra lo que tiene su vida en la eternidad. Tres veces repite aquí Jesucristo que el gusano roedor nunca muere, y que el fuego vengador nunca se extingue, y que este gusano y este fuego es la pena de los que mueren en pecado. He aquí la eternidad de las penas del infierno enseñada claramente por el mismo Jesucristo.¹

20. No recorreré, hijos míos, otras páginas de este Divino Libro; no mencionaré los oráculos de Pablo enseñando este dogma con toda claridad á los Tesalonicenses, de San Júdas consignando estas mismas ideas en su Epístola católica, de San Juan penetrándonos de terror en su Apocalipsis con aquellos tormentos que han de sufrir los réprobos noche y día por los siglos de los siglos. Tampoco hablaré de los Santos Padres de la Iglesia que han hecho admirar su vastísima erudición, su genio y su elocuencia, probando, defendiendo y pintando al corazón la eternidad desgraciada: ni me detendré á exhibiros las decisiones de la Iglesia, pues el Símbolo católico lo dice todo; y en el de San Atanasio leemos estas palabras: "los que hayan hecho el mal, irán al fuego eterno: tal es la fe católica." He dicho ya todo lo bastante para manifestar cuán sólidos, profundos, é incontrastables son los fundamentos en que descansa el dogma del infierno en su totalidad: cuanto sobre él enseña la Iglesia, está fundado en la Santa Escritura, en los Padres, en la tradición, en el magisterio apostólico y en la razon católica de todos los siglos. Pero lo que no puedo callar, es mi deseo ardentísimo de que este dogma sea para vosotros, no solamente luz de verdad, sino tambien causa de bien y estímulo poderoso de virtud. Este dogma, hijos míos, es, ha sido y nunca dejará de ser el mas á propósito para conservarnos en el santo temor de Dios: el mismo Jesucristo decía: "No temáis á aquellos que matan al cuerpo, siendo como son incapaces de dar muerte al alma; sino ántes bien, temed á Aquel que puede precipitar en los infiernos cuerpo y alma."

21. Sea pues, hijos carísimos, la meditacion del infierno el pasto diario de vuestro espíritu, la gran ciencia de vuestra felicidad. Aquí aprenderéis á despreciar todos los bienes caducos y perecederos, codiciando únicamente las dichas inmortales: aquí os haréis fuertes y mucho contra todas las debilidades de la naturaleza, contra todos los amagos del dolor, contra el espanto mismo del sepulcro. Entonces podrá predicarse de vosotros aquella felicidad que admiraba el Profeta cuando decía: "Bienaventurado quien teme al Señor, porque es muy solícito en guardar sus mandamientos. Su descendencia será poderosa sobre la tierra; recibirá las bendiciones de todas las edades, y su justicia, (es decir: su virtud, su grandeza, su felicidad, lejos de estar aprisionadas en los linderos del tiempo,) permanecerá por los siglos de los siglos.

¹ Lo que va entre comillas sin una cita especial, está tomado en extracto de mi Expositon de la Doctrina católica.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

ULTIMA INSTRUCCION.

SOBRE LA VIDA PERDURABLE.

Venite, benedicti Patris mei: possidete regnum quod paratum est vobis á constitutione mundi.

Venid, benditos de mi Padre, y tomad posesion del reino que os está preparado desde el principio del mundo.

Math. cap. XXV. v. 34.

1 GRACIAS á Dios nuestro Señor, hijos míos, porque me ha concedido poner término á esta série de instrucciones pastorales sobre los fundamentos de la religion y los dogmas de nuestra fe. Este bien seria siempre muy grande por la suma importancia de un trabajo en que tanto se interesa el rebaño, siempre necesitado de luz y de fuerza para entender y practicar la palabra de Dios, como el pastor, que movido igualmente por su deber y por su amor á la grei que debe apacentar con el pasto de la palabra divina, consigué derramar entre ella los preciosos frutos del Evangelio y preparar los triunfos de la gracia: pero lo es mas que nunca en nuestros días; en estos días de tinieblas y de fuerza, en que el enemigo comun de nuestras almas, no satisfecho con asaltar al corazón para corromperle, trabaja por arrancar del entendimiento el inapreciable tesoro de la fe; en este tiempo en que ya estamos palpando aquella ruina profetizada por el Apóstol, cuando anunciaba una época en que los hombres no soportarian ya la sana doctrina, sino ántes bien, teniendo una comezon extremada de oír, recurririan á una catterva de doctores propios para satisfacer sus deseos, y cerrarian sus oídos á la verdad, y les aplicarian á las fábulas. ¡Cuántas dificultades no me ha sido preciso vencer para dar lleno á mis deseos de precaveros con estas instrucciones contra los peligros inminentes que á la par están corriendo la religion y la moral entre nosotros! Mas ya, por

un singular beneficio de Aquel que, otorgándonos la mision de predicar el Evangelio, nos ofreció su asistencia continua y dijo que no prevalecerian contra la Iglesia las puertas del infierno, he podido llegar al término que tanto anhelaba. Voi pues, hijos míos, á cerrar este curso de instrucciones pastorales con la explicacion del mas tierno, del mas hermoso, del mas atractivo de todos los dogmas de la fe; de aquel que versa sobre la dichosa consumacion del pensamiento de Dios acerca de la humanidad, y de la carrera del hombre durante su mansion en la tierra, sobre la adquisicion del último fin para que fuimos criados, que es la bienaventuranza, la union perdurable con Dios, el verle en sí mismo, amarle y gozarle por toda la eternidad, del dogma con que termina el Símbolo católico, el dogma de la vida perdurable.

2. Con mui sabio acuerdo ha concluido la Santa Iglesia su Símbolo con el artículo sobre la vida perdurable, siendo ésta el fin de nuestra existencia y de la Lei divina, la corona de la esperanza y lo único que falta, despues de la resurreccion de la carne, para dar cabo á la dicha que todos esperamos, apoyados en la palabra infalible del Dios que la promete. Es además el complemento de los medios morales para inclinarnos á la virtud; pues como bien sabéis, toda la máquina de la perfeccion cristiana, todo el movimiento de la vida moral gira y se sostiene sobre los ejes del temor y la esperanza: si aquel se afirma y robustece con el pensamiento de las eternas penas de los réprobos, la otra nace y crece á la luz y calor de ese Astro que, atrayéndonos al cielo con la manifestacion de los supremos goces y la única felicidad, nos desprende de todas las aficiones terrenas y nos hace triunfar de nuestros enemigos con la dulce esperanza del premio. Mas á este destino feliz de infinito gozo no se llega sino con el derecho que da la sentencia del Supremo Juez de vivos y muertos, del mismo modo que al infierno y su fuego inextinguible no se baja, sino despues de un fallo de justicia. Habéis escuchado este fallo de Cristo Juez contra los réprobos en las palabras que me sirvieron de texto para mi precedente instruccion, y que en toda ella tuve cuidado de explicaros: pues así tambien los justos, ántes de subir á la Ciudad santa, oyen esta sentencia que les abre sus puertas, llamándoles á ella con todas las efusiones del amor: "Venid, benditos "de mi Padre, y tomad posesion del Reino que os está preparado desde el principio del "mundo:" *Venite, benedicti Patris mei: possidete regnum quod paratum est vobis á constitutione mundi.*

3. Este reino, hijos míos, preparado para los justos desde el principio del mundo, y que ellos entran á poseer por el derecho que les da esta sentencia de Jesucristo, es el *Reino de los cielos*, llamado con varios nombres que le representan en alguno de los atributos de su grandeza. En San Matéo, se llama como acabáis de oír y tambien *Reino de Dios*: en San Juan es llamado *Reino de Cristo* y tambien *Casa del Padre*. Los Profetas le habian dado á conocer con otros nombres, pues Ezequiel le llama *Paraíso*, é Isaías *Ciudad santa*; y en el Apocalipsis figura con el nombre de *Nueva Jerusalem*. La existencia de sus moradores se designa con los nombres de *bienaventuranza* y *vida eterna*. Pero todos estos nombres, aunque mui bien aplicados, no por esto bastan á expresar y dar íntegra y plenamente á conocer el objeto representado; porque si ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni pasó á hombre por pensamiento, como dice San Pa-

bio, aquella vida de inefable gozo, de gloria sin fin, aquella luz en comparacion de la cual ésta de acá no es mas que tinieblas, ya comprenderéis que no hai lengua bastante ni palabra propia para expresar aquella dicha incomparable. Nuestro Símbolo católico la llama *vida perdurable*; pero esta palabra, enunciativa de una existencia que no tiene término, tampoco basta para el intento, pues los réprobos existen y nunca dejarán de existir: por lo cual ha querido significarse con estas palabras, no tanto un siempre vivir cuanto un siempre pleno y sumo gozar. Por esto mismo, aunque los réprobos viven para nunca morir, su existencia infelicitísima se llama en el idioma de la doctrina *muerte eterna*; porque un existir para solo el tormento, es mas bien muerto que vida; razon bastante para comprender que la vida propiamente dicha, la vida por excelencia, la única digna de tal nombre, viene á ser la perdurable de los justos viendo en sí mismo continuamente, amando y poseyendo por siempre al Autor de la vida. Síguese de aquí lo mui necesario que es dar á conocer el carácter propio de la felicidad que disfrutan los escogidos en el Cielo. Tres cosas reunidas pueden darnos la idea mas propia que cabe de la bienaventuranza: primera, la exclusion de todo mal; segunda, la comprension de todo bien; tercera, la exclusion de todo término: es decir, hijos míos, que la existencia de los justos en la tierra es: en primer lugar, una vida en que nada se padece, ni puede padecerse; en segundo lugar, una vida en que todo bien se posee y plenamente se disfruta; y por último, una vida que no ha de acabar jamás. Tales son los caracteres de la bienaventuranza, y los puntos que me propongo tratar en la instruccion presente.

I.

4. Carácter propio es de la vida humana, hijos míos, el ser de suyo transitoria y penosa; porque ni está exenta de sufrimientos, ni libre de la lei común á todo lo que nace, que es el morir. "El hombre nacido de la mujer, dice Job, vive poco tiempo y "está henchido de miserias:" *homo natus de muliere, brevi vivens tempore, repletur multis miseriis.* (XIV) He aquí la gran sinópsis de la vida humana. Esto quiere decir que en ella todo se encuentra como iniciado, pero nada perfecto y cumplido: hai bien, hai mal; pero ni todo bien ni todo mal, ni solo bien ni solo mal, ni siempre bien ni siempre mal. Lugar de preparacion y de prueba, la tierra es un valle de lágrimas, porque en ella se padece mas que se goza: el mal prepondera sobre el bien, y éste no puede hallarse constantemente sin aquel. Mas al terminar el curso de la vida, entra el hombre en una plenitud ya de mal ya de bien, pero plenitud verdadera y absoluta: si pertenece al número de los réprobos, sufrirá el mal en toda su plenitud, es decir: el mal solo, el mal todo, el mal eterno; viceversa, si pertenece al número de los escogidos, disfrutará el bien en toda su plenitud, esto es: el bien solo, el bien todo, el bien eterno. De esta suerte la vida futura y la presente tienen caracteres de una señalada oposicion, pues aquí el bien anda mezclado con el mal, mientras allá carecen de todo límite, pues no le tiene ni el padecer de los condenados ni el gozar de los escogidos: aquí todo acaba, mientras allá todo permanece por siempre. Ved pues cómo el primer carácter de oposicion entre vida y vida relativamente al goce ó la felicidad es, que en la del

tiempo el gozar está mezclado siempre con el padecer, mientras allá el goce y la satisfaccion son puros y exentos de toda mezcla.

5. Elegid, hijos míos, cualquiera de los bienes que mas se aprecian en la tierra, y pronto quedaréis convencidos de que no es dado al hombre ponerse á salvo de la pena. Muchos podria enumerar aquí; pero yo quiero comprenderles todos en dos grandes categorías: los que acompañan á la práctica de la virtud, y los que anhela el vicio abandonando la Lel. ¿Cuál es el carácter de los primeros? el ser inseparables de la mortificacion cristiana, de la negacion de sí mismo, de la lucha con todas las pasiones, de los costosos sacrificios que demanda la conservacion de la inocencia y de las austeridades penosas á que se entrega el que la recobra despues de convertido, para no ser presa de los nuevos asaltos de sus antiguos enemigos. El contento de la virtud es la paz de la conciencia, el goce de la esperanza y una prueba incontestable de lo mui despreciables que son todos los bienes de la tierra, de cuán engañosos son siempre los deleites de los sentidos, y de que es preciso comprar la paz del alma con el sacrificio de todas las cosas terrenas.

6. Los bienes que tanto se codician en el mundo por aquellos que no buscan su verdadero y último fin, son de tal naturaleza, que considerados á plena luz, deben ser vistos mas como males que como dicha: las riquezas trabajan al opulento con la sospecha, los compromisos y aun las privaciones; y cuando el amor de ellas engendra la avaricia en el corazon, el hombre gime bajo el yugo de la mas penosa esclavitud: el anhelo por adquirir nuevos tesoros progresa con el aumento de ellos; es una sed insaciable y rabiosa, que lejos de mitigarse crece con la abundancia del agua. Las grandezas mundanas, los mentidos honores, brillantes fantasmas que hace girar el mundo en torno de la ambicion, traen consigo tal cúmulo de agitaciones y penalidades, de odiosas bajasas é inconcebibles humillaciones, que no pocas veces han sido un objeto ya de diatriba, ya de compasion aun entre los mundanos.

7. Nada os diré de los placeres de los sentidos, venenos diversos ministrados al hombre por el enemigo comun en preciosas copas coronadas de flores: al crimen sigue el remordimiento, á éste la obcecacion, y á ésta la muerte en medio de las mas agudos dolores. Las pasiones obran de diverso modo, emplean diferentes armas; pero siempre hacen pagar los placeres momentáneos con horribles tormentos á sus infelices víctimas. Ese jóven que ufano y orgulloso con la superabundancia de la vida se habia lanzado con loca temeridad en pos del deleite, vedle cuál ha quedado al fin de sus satisfacciones prolongadas y delincuentes; vedle triste, pensativo, lánguido, herido profundamente en sus sentidos y en su corazon, haciendo en la primavera de su vida un odioso remedo de la mas achacosa vejez. El hombre maduro, siempre alternando entre ilusiones y esperanzas, entre deseos vehementes y proyectos frustrados, pasa la vida entre el bien y el mal, y esto aun cuando la regularidad de su conducta le haya puesto á cubierto de los últimos estragos de las pasiones: los hombres mas bien establecidos pagan su contingente de pena, no solamente á los cuidados de la familia, sino á los peligros del establecimiento, á los sobresaltos del temor, y sobre todo, á la necesidad del trabajo. La vejez ya no puede tener ilusiones sin locura, pues cualquier linaje de bien sufre mucho

en consecuencia de los años. ¡Dichoso el anciano que siempre ha vivido en la virtud! Pero aquel que ha envejecido en el vicio, no puede sentir mas que tormentos ante la imágen importuna y cercana de la muerte. No hai medio: ó padecer con la virtud, ó sufrir por el crimen; y por consiguiente nada en lo absoluto será parte á oscurecer este primer carácter de la vida humana: la inevitable mezcla del mal con el bien.

8. Considerad ahora cuán diversa es la condicion de aquellos que, habiendo muerto en el Señor, disfrutan las delicias de la gloria. Aquel bien supremo, fuente perenne de todos los bienes, es un bien tan esencial, que no admite ni puede admitir absolutamente el mal. Por esto Jesucristo Señor nuestro contraponia siempre á los tormentos que aquí se sufren, la deliciosa, absoluta y perpetua inmunidad que allá se tiene: he aquí por qué cuando este Divino Maestro hizo aquel resumen profético de su futuro juicio para con los predestinados en las bienaventuranzas, fué contraponiendo á los males que aquí sufren los justos, los bienes puros y sin mezcla que les reserva para la eternidad. A los pobres de espíritu les brinda con el reino de los cielos: magnífica sinópsis de la abundancia infinita; pues este reino celestial expresa la exencion de toda necesidad, el goce de todo bien. A los que hán hambre y sed de justicia, les promete la hartura que cumplidamente satisface y no sacia jamás, es decir: una superabundancia de goces de todo género; y por esto en el misterioso libro del Apocalipsis se dice que los bienaventurados no tendrán hambre ni sed nunca jamás. El hombre en la tierra se alimentará con el sudor de su rostro, y sin embargo, tendrá hambre y muchas veces no podrá satisfacerla, y otras veces le abundará el alimento, y será incapaz de tomarle porque le falte la salud; mas en el Cielo ni la abundancia de los bienes traerá la pena de la inutilidad para disfrutarlos, ni sufrirá el hombre los tormentos vivos de una necesidad no satisfecha. Bienaventurados los que lloran, decia Jesucristo, porque ellos serán consolados," esto es: porque ha de llegar un dia en que nada se padezca, en que cese todo motivo de llanto, en que acabe hasta la posibilidad del dolor. Oid la sublime confirmacion de este concepto en las siguientes palabras del Apocalipsis: (XXI, 3 y 4) "Oí una grande voz del trono que decia: Ved aquí el Tabernáculo de Dios con los hombres, y morará con ellos. Y ellos serán su pueblo: y el mismo Dios en medio de ellos "será su Dios. Y limpiará Dios toda lágrima de los ojos de ellos: y la muerte no será ya mas. Y no habrá mas llanto, ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas pasaron."

9. ¡Qué palabra humana, hijos míos, podrá expresar digna y cumplidamente cuanto enuncia esta expresion divina del primer carácter de la felicidad de los justos! Ninguna por cierto: por mucho que nos esforzásemos, quedaríamos siempre mui cortos. Todo tiene aquí una énfasis sublime, dimensiones inmensas, ó mas bien, grandeza incommensurable. Este Dios limpiando toda lágrima de los ojos de los escogidos, es la Omnipotencia misma inspirada por el amor infinito, pronunciando el *hasta aquí* del mal, del dolor, del sufrimiento y hasta del mas imperceptible padecer, y realizando aquella profecía con que fortaleció Jesucristo á sus escogidos al predecirles la carrera de sus tribulaciones, cuando dijo: "El mundo se alegrará y vosotros seréis contristados; mas vuestra tristeza se ha de convertir en gozo." ¡Un Dios enjugando las lágrimas de to-

de la humanidad virtuosa y santa! ¡qué cuadro, católicos! ¡La imaginacion, el ingenio y la elocuencia de todos los siglos se anonadan en su presencia! “No habrá llanto,” es decir: no habrá ni el mas leve motivo de disgusto en el pecho de los escogidos: el bien que ellos disfruten será incapaz de toda mezcla y confusion con el mal: no digo el padecer, no digo el dolor, pero ni aun el disgusto mas leve, ni la desazon mas transitoria, ni la queja mas imperceptible, ni el mas leve suspiro tendrá cabida en aquella predilecta morada; porque todo esto acabó, acabó todo, acabó para siempre, tornó á la nada; es poco, dejó de ser posible para los que ocupan ya un asiento en la Ciudad celestial. Sí, amados hijos: limpiará el Señor toda lágrima de todo ojo en aquella Ciudad que han de habitar para siempre sus escogidos: “la muerte no será jamás;” acabarán para siempre, huirán desde sus magníficos pórticos y resplandecientes quicios para nunca volver todo lo que es pena, disgusto y desazon, todo lo que inquieta y perturba, todo lo que atribula y amarga, todo lo que consterna, todo lo que arranca el clamor del pecho y el llanto de los ojos; porque no habrá mas llanto, ni clamor, ni dolor alguno, en razon de haber pasado todo: *Absterget Deus omnem lacrynam ab oculis eorum, et mors ultra non erit, neque luctus, neque clamor, neque dolor erit ultra, quia prima abierunt.*

10. Mas no basta, hijos míos, el saber que los bienaventurados están esencialmente libres de todo mal; es necesario pasar de aquí á considerar los caracteres positivos ó intrínsecos de la felicidad que disfrutan, la cual, como ya os he dicho, les otorga la posesion de todo bien: mas tal es el objeto del segundo punto.

II.

11. “Es mas fácil, dice San Agustin, enumerar los males de que habrémos de caer en aquella dichosa vida, que los bienes y goces que hemos de disfrutar en ella.” Esto nos manifiesta claramente que no es dado al entendimiento humano, por muchas y grandes excelencias que tenga, concebir, ni al idioma de los hombres, por muy abundante y perfecto que se suponga, el explicar debidamente la naturaleza de aquella dicha, de aquel modo de existir, de aquel incesante gozar, de aquel poseerlo todo y no desear nada, de aquel vivir en medio de inefables delicias, de esa bienaventuranza que un Dios glorificador tiene reservada y expresamente ha prometido á los que le amen y sirvan en la vida presente. La misma diversidad de voces y la insuficiencia de todas y cada una de las que nos servimos para dar á conocer aquella inefable ventura, segun he tenido ya ocasion de advertiroslo al principio de esta instruccion, es una prueba incontestable de lo incomprendible, de lo inexplicable de la bienaventuranza. El apóstol San Pablo, queriendo expresarnos de alguna manera, no todo, sino algo de lo que allí existe, usa como Isaías, á quien alude, ciertas expresiones enfáticas que dejan traslucir lo infinito tras los velos mismos de la reserva: “No vió el ojo, dice, ni el oído oyó, ni pasó á hombre por pensamiento aquello que Dios tiene reservado para los que le aman;” magnífica expresion de la universal impotencia que hai en todo lo criado, para dar á entender cuál sea la ventura suprema de que gozan los escogidos en la gloria. ¡Sabéis, hijos míos, todo lo que quiere decir el Apóstol con estas sublimes negaciones? Reunid en un punto allí

en vuestra imaginacion todos los cuadros mas bellos, mas grandes, mas sublimes que la naturaleza puede ofrecer á la mirada del hombre; todos los monumentos de las artes que han venido apareciendo, asombrando y desapareciendo á su turno en el dilatado curso de los siglos: animad luego estas perspectivas hermosas con la vida que las comunican el talento, el genio y el buen gusto, no ya de un observador, sino de todos cuantos han aparecido en la tierra desde el principio del mundo, dando nacimiento con esto á las ciencias, á las artes, á la cultura, &c., &c. Pues bien; he aquí lo que el ojo vió, el conjunto magnífico de toda la belleza creada en el órden físico, intelectual y moral. ¡No es cierto que la vida de un hombre, por muy larga que sea, no es capaz de recorrer esta muchedumbre inmensa de maravillas, á pesar de que todas giran en el órden de lo criado? Sin duda que sí. Considerad pues ahora todo lo que el Apóstol nos ha dado á entender acerca de la dicha de los justos, caracterizándola con esta palabra: *lo que el ojo no vió*, es decir: que todo esto no es nada comparado con aquella suprema dicha; que este sol, esta luna, estos astros inmensos é innumerables que hieren la vista de la humanidad desde las bóvedas del cielo, sin que al cabo de tantos y tantos siglos hayan sufrido el mas ligero menoscabo, vienen á ser como tinieblas en comparacion de aquel esplendor increado que inunda los espacios infinitos de la eterna patria. Esto mismo á su turno puede irse diciendo de todas las cosas que acá se manifiestan á la vista del cuerpo y á la inteligencia del alma.

12. ¿Qué no habrá escuchado el oído del hombre desde el origen del mundo? Figuráos todos los embelesos melodiosos de la armonía, ya en la naturaleza ya en el arte; los truenos que se cruzan por las esferas, el ruido misterioso de los bosques, la voz de los mares agitados, impresiones que los hábiles maestros han calificado siempre de sublimes; los tiernos gorgéos, finísimos acentos y variados trinos de las aves, y cuanto la simple naturaleza presenta de bello en el sonido; todos los prodigios del arte de la música en su variadísima escala y en cualquiera de sus órdenes y aplicaciones. Pues yo os diré que nada de esto es ni siquiera comparable con aquellas armonías celestiales que regalan el oído de los justos en la triunfante Iglesia: porque esto precisamente quiere decir que allí se escucha *lo que el oído no oyó*, segun la expresion del Apóstol. Mas todavía, recorriendo los objetos de la vista y los sonidos del oído, andamos limitadísimos respecto de todo lo que constituye acá el dominio del hombre. Este, como bien sabéis, encumbra su rango sobre todo cuanto existe creado fuera del ángel; todo lo domina con el angusto cetro de la razon que Dios le otorgó cuando le hubo creado: el pensamiento es una especie de infinito en la tierra, es una inmensidad, es un poder superior al tiempo y al espacio; porque salva los horizontes, visita los espacios y sobrevive á la muerte. ¿Qué no abarcará pues el pensamiento humano! Todo el órden físico con la muchedumbre de sus objetos, la variedad de sus producciones, la sucesion de sus vicisitudes y la firmeza de sus leyes; todo el órden intelectual en las ciencias, en las artes, en la industria y en todo aquello que hace sentir el influjo del entendimiento humano en la tierra; todo el órden moral; la familia, el Estado, las naciones, los imperios, la historia, la política, &c., &c.: he aquí el vastísimo é indefinido imperio de la razon humana. Ahora bien: ¡véis todo esto, lo ponderáis, lo admiráis, os rendís en cierto modo

bajo su peso? Sin duda que sí. Pues yo os diré que todo esto junto no es capaz de representar lo que es en sí misma la suprema ventura de los escogidos en el Cielo; y por esto el Apóstol dice, refiriéndose á su naturaleza y carácter, *que no pasó á hombre por pensamiento lo que Dios tiene preparado á los que le aman.* (I Cor. II, 9)

13. ¿Qué hacer pues, hijos míos, para cumplir en esta parte mis deberes apostólicos de modo de haceros entender lo que creemos y confesamos acerca de la vida perdurable? No entrar en pormenores, no bosquejar cuadros, no establecer símiles; sino mas bien, elevaros á lo que hai de fundamental en la idea, deciros en qué consiste la esencia de esta felicidad suprema, y cuáles son sus naturales consecuencias. Ahora bien; esto es precisamente lo que nos inculca nuestro manual Catecismo, cuando dice que consiste la bienaventuranza "en ver á Dios en sí mismo, amarle y gozarle eternamente."

14. Tres facultades tiene el hombre, que resumen en cierto modo su sér: el entendimiento, la voluntad y la libertad. Con el primero ve, con la segunda siente, con la tercera obra. Juzgando estas facultades, no en la carrera de sus extravíos, sino en el orden de sus naturales fines, vemos que nos trazan un camino cuyo principio está en el conocimiento y cuyo término está en la felicidad. El entendimiento busca la verdad, pero no como un objeto estéril, sino como una brecha para sus sentimientos; es decir: como un medio de amar lo que es bueno y aborrecer lo que es malo, dos sentimientos en que alterna siempre la voluntad en su accion sobre los objetos: la voluntad enfrente del bien y del mal no hace el papel de un simple testigo, sino al contrario, tiende á unirse con el primero y á retirar al segundo cuan léjos pueda. El deseo, la esperanza, el amor se refunden todos en el primer sentimiento; el disgusto, la repugnancia, la aversion y el odio se reconcentran todos en el segundo; y entonces el alma, decidiéndose, obra en uso de su libertad, y por esto he dicho que la libertad gobierna la accion. Ahora bien: el hombre ha salido todo de Dios, hace una travesía por la vida existiendo con toda su naturaleza en un orden transitorio y limitado; y no pudiendo él cambiar este orden, su vida intelectual, lo mismo que su vida física y moral, se incorporan todas en él, siendo por lo mismo limitada y transitoria la vista de su razon, pues comprende poco, retiene algo y olvida mucho; limitada y transitoria la vida de su voluntad, pues ni siempre ama el verdadero bien ni puede eximirse del mal; limitada, transitoria é imperfecta igualmente la vida de la libertad. Mas como el alma, donde tales facultades residen, es inmortal, Dios aplaza para despues de la presente vida el dar á cada una de ellas en todos sus escogidos una completa plenitud: entonces el entendimiento le ve á él tal como es, y con esto ha tocado á lo sumo en la posesion de su fin; la voluntad le ama sin obstáculo, sin reserva, sin temor; y la libertad se identifica de tal suerte con Dios, que une y estrecha, y en cierto modo identifica con él á los bienaventurados. Este es el goce pleno de Dios, goce que no tiene límites, goce que no tiene intervalos, goce que no tiene peligros, goce que no tiene trabas, goce verdadero, perfecto, sumo, infinito. He aquí la comprension de la idea que nos da del Cielo nuestro manual Catecismo. La bienaventuranza es la vista, y el amor, y el goce perfecto del mismo Dios. Mas no imaginéis por esto, hijos míos, que la idea de nuestro Catecismo sea una invencion

de un sabio y piadoso ingenio; no por cierto; sino ántes bien, debéis considerarla como un resumen de la doctrina que sobre esto mismo nos dan las Divinas Escrituras, los Santos Padres y toda la Iglesia católica. "Esta es la vida eterna, dice Jesucristo Señor nuestro, segun leemos en el capítulo XVII, v. 3º de San Juan, esta es la vida "eterna, el que te conozcan á tí solo Dios verdadero y á Jesucristo á quien habéis enviado." Apoyado en este oráculo divino, el mismo apóstol, en el capítulo III, v. 2º de su primera Epístola, decia: "Carísimos, ahora somos hijos de Dios, y todavía no aparece lo que hemos de ser; porque sabemos que cuando apareciere seremos semejantes á él, pues que le veremos tal como es en sí mismo." De estas palabras de San Juan, tan claras como terminantes, se coligen rectamente dos cosas: la primera, que los bienaventurados sufrirán una trasformacion divina que les hará semejantes al mismo Dios, es decir: que todos ellos serán como una especie de dioses en aquella celestial patria; segunda, que Dios ha de ser visto tal como es en sí mismo, en su naturaleza, en su sustancia, y no tal cual apenas podemos columbrarle acá con la doble antorcha de la razon y de la fe. Mas el apóstol San Pablo, queriendo ampliar todavía más la explicacion de aquella dicha, compara en su primera Epístola á los Corintios, capítulo XIII, v. 12º, estos dos modos tan diversos de ver á Dios: el conocimiento que de él tenemos durante nuestra vida mortal, y la vision dichosa de su naturaleza y sustancia en la vida eterna. "Ahora le vemos, dice, como al través de un espejo y en una especie de enigma; mas entónces le veremos cara á cara." ¿Cuál es ahora, os pregunto yo, este ver á Dios en enigma expresado por el Apóstol? Entenderle con la luz de las semejanzas, segun lo interpreta San Agustín, y por consiguiente de un modo remotísimo, imperfectísimo y á todas luces insuficiente; porque, en efecto, las cosas superiores y excelsas, segun la oportuna observacion de San Dionisio, no pueden percibirse con la semejanza de las cosas inferiores, y esto se manifiesta desde luego. Si, pues, nada hai mas inferior que lo creado respecto de lo increado, lo finito respecto de lo infinito, lo limitado respecto de lo inmenso, ¿qué pueden ser todas las comparaciones imaginables, tratándose de manifestar el carácter, la hermosura, la perfeccion de una dicha que consiste nada ménos que en la vista, goce y posesion del mismo Dios? Muchas en verdad se han hecho para darnos de esto alguna idea, y aunque no puede esconderse su utilidad, porque al fin algo ayudan, siempre se manifiesta su insuficiencia, porque nunca lo dicen todo. ¿Habéis visto el aspecto que presenta el fierro hecho ascua, despues de haber absorbido el fuego en un horno encendido? ¿No véis que este metal está de tal suerte compenetrado del fuego, que parece identificado con él, parece no ser mas que fuego; y produce sus efectos, pues quema, inflama y consume cuanto toca? Pues esto puede servirnos de algun modo para entender y sentir lo que sea este unirse del alma con Dios en la otra vida, este verle en sí mismo, este amarle y poseerle, este ser como otro Dios por la vista, goce y posesion del mismo Dios. Viva en verdad es esta comparacion, y justamente recomendada por el Catecismo romano; mas á pesar de esto, siempre deja traslucir su insuficiencia: porque ninguna comparacion hai entre el cuerpo y el espíritu, ni ménos entre la union de dos cuerpos y la del Espíritu increado con el alma en aquella venturosa mansion de los escogidos. No me empeñaré por tanto en se-

guir buscando símiles para darme á entender; pues lo que llevo dicho basta para fijaros en la idea propia de esta dicha, que consiste en ver á Dios en sí mismo, amarle y gozarle eternamente.

15. Pero qué! fuera de esta vista, de este amor y de este goce, ¿no hai en el Cielo otra cosa que amar, ver y gozar? Sí, amados hijos: hai una bienaventuranza que llaman los teólogos *accessoria*, porque está adherida en todo á la esencial y principal; porque de ésta emana como una consecuencia sale de su principio, como un efecto resulta de su causa: pues claramente se ve que, siendo Dios el Sumo Bien, en él está todo lo que se llama bien, y no hai bien propiamente dicho que pueda no estar en él. Luego quien ve á Dios, que es la belleza y hermosura increada, en él ve toda hermosura creada; quien ama á Dios, en él ama todo lo que es bueno y amable; quien posee á Dios, posee todo lo que en él está, toda gloria, todo honor, toda paz, toda dicha. ¿No es cierto, hijos míos, que Dios es el dueño de todo? ¿No es cierto que Jesucristo Señor nuestro proluvió el honor altísimo de los justos en el Cielo, cuando les despojó en la tierra del título de siervos para llamarles *amigos*, cuando les llamó *hermanos*, con cuyo título pareció identificarles con él en sus derechos de Hijo del Padre, por ser el hermano del hombre? ¿No es cierto que en la sentencia pronunciada en favor de ellos en el último día de los tiempos les llama expresamente á la posesion del Reino eterno? Luego cuanto hai en este Reino, cuanto aquel derecho comprende, cuando aquellos nombres suponen será la posesion de los bienaventurados. La honra que acá en la tierra se ama por el concepto producido en los otros con ocasion de las dotes y cualidades que distinguen á los hombres eminentes, se disfrutará tan cumplida en aquella celestia patria como mas no puede ser. Todo lo que acá en la tierra produce plaer legítimo, goce honesto, satisfaccion pura, delicia santa, todo se hallará en aquella morada feliz en abundancia infinita. El cuerpo, libre ya de todos sus defectos consiguientes á la naturaleza corruptible, tendrá una vida de goces únicos y hará resplandecer sus dotes de gloria. El alma poseerá la verdad en escala infinita sin mezcla, límite ni sombra; vivirá de un amor de goce, amor sin fatiga, sin la agitacion del deseo, sin el término consiguiente á la posesion del objeto; amaré poseyendo y poseeré siempre amando. Todas las galas preciosas que acá en el mundo atraen las miradas de la admiracion por su hermosura y riqueza magnífica, serán excedidas infinitamente, no hai que dudarlo, por aquellos ornatos preciadísimos de luz y de gloria de que aparecerán revestidos los moradores de la eterna Jerusalem. Todo eso que en los palacios de los grandes detiene, admira y trasporta, será nada comparado con las Moradas divinas del Rei de los reyes: el mismo palacio que forma la naturaleza entera, será ménos que un reducido aposento en comparacion de aquellos inmensos atrios de la eternidad, de aquellos recintos augustos que imprimian el amor con tal fuerza en el corazon de David, que le hacian desfallecer de ternura, morir de deseos y trasportarse de esperanza. ¡Cuán queridos, decia, son tus Tabernáculos ó Dios de las virtudes! ¡Mi alma desfallece de deseos en presencia de los átrios del Señor: mi corazon y mi carne dan saltos de júbilo hácia el Dios vivo! Contemplando la hermosura de aquellas moradas eternas, volvía este inspirado Rei una despreciativa mirada sobre los ricos palacios de los magnates de la tierra. “Prefiero, Señor, de-

cia, ser el último de los que habitan en tu casa, mas que vivir en las opulentas moradas de los pecadores. Un día pasado en tus átrios es mas que mil vivido acá en las “moradas de la tierra.” (Ps. LXXXIII, vv. 10, 11.)

16. Réstame únicamente, para concluir este segundo punto, manifestaros cómo, sin que ninguno de los bienaventurados tenga mezcla de mal ni límite de bien, hai sin embargo entre ellos diversas gerarquías, y por tanto diferentes grados de gloria. No imaginéis que este gozo, esta dicha tenga tal igualdad que no haya diferencia ninguna de grado en la multitud inmensa de los escogidos: pues habiendo de dar á cada uno segun la medida de sus merecimientos, y existiendo como bien sabéis un más y un ménos en los grados de las virtudes, en la hoja de servicios, digámoslo así, que presenta cada uno de los soldados de Jesucristo, preciso es convenir en que ha de haber tambien diversos grados de gloria y verdaderas gerarquías en el Cielo. “En la casa de mi Padre, decia Jesucristo, hai muchas mansiones:” y esto lo dijo sin duda, no solo para manifestar que en aquella dichosa patria hai lugar para todos los justos; sino tambien para dar á entender que, poseyendo todos en comun la vida eterna y la felicidad perfecta, tendría cada uno diferentes grados en los goces, como les habia tenido en los merecimientos. La misma razon natural nos está diciendo que, siendo Dios esencialmente justo y su justicia infinita en perfeccion, distribuirá con sabiduría, y acuerdo, y equidad infinita los bienes entre los justos. ¿No es cierto que, para conseguir la vida eterna, basta guardar los mandamientos? ¿No es cierto que muchos justos en la tierra, lejos de reducirse á cumplir exactamente la Lei, se han extendido á practicar todos los consejos de la perfeccion cristiana, en términos que su vida, sus austeridades, su abnegacion, su desprendimiento, su heroismo nos arroban, emajenan y trasportan de admiracion? ¿No es cierto que aun entre los mismos Santos hai una maravillosa escala donde se admira una progresion de perfecciones, virtudes y merecimientos en que parecen exceder los unos á los otros? ¿No es cierto que todas estas diferencias no tienen recompensa ninguna en la tierra, sino al contrario, se sostienen á costa de inmensos sacrificios? ¿Cómo pues imaginar que allá en el Cielo pase todo esto desapercibido á los ojos de Dios y de todos los bienaventurados? ¡Dirémos que una misma gloria disfrutan la Madre de Dios, Reina de los ángeles y de los hombres, y el último de los justos? ¡Dirémos que ninguna diferencia tienen en el gozar aquel Bautista de quien predicó Jesucristo que no habia otro mayor entre los nacidos de la mujer, y cualquiera de los bienaventurados? No por cierto. Luego la misma razon está diciendo que hai grados de gloria. Cuando Jesucristo prometió el ciento por uno al desprendimiento de todo, ¿no dió bastante luz para columbrar en la identidad de la sustancia las diferencias de los goces? Claro es que sí; pues siendo la recompensa respecto del merecimiento como ciento á uno, claro es que no recibirá lo mismo el que ha merecido como uno, que el que ha merecido como diez.

17. Pero esta consideracion, hijos míos, ni oscurece la idea fundamental, ni atenúa lo sumo del goce, ni desnaturaliza la bienaventuranza: todos los justos que se salvan la tienen, y en esto no hai diferencia; todos ven á Dios en sí mismo, le aman y gozan, y en esto no hai excepcion. Las diferencias pues, los grados de gloria no alteran la

sustancia de la felicidad; pues ningún justo sufrirá ni el menor mal, ningún justo estará privado de ningún bien, ningún justo dejará de gozar. Ved pues aquí cómo se combinan perfectamente la esencia de la bienaventuranza y los grados de gloria. Pasemos á considerar ahora el último carácter de la bienaventuranza, que consiste, como bien lo sabéis, en el perdurable goce de aquella dicha.

III.

18. Si hai, amados hijos, un carácter que ponga mas de manifiesto á la razon la diferencia que média entre los bienes de este mundo y la gloria de los escogidos, es precisamente la que de suyo presentan el tiempo y la eternidad. Dificil es y en cierto modo imposible, como lo acabo de explicar, formarnos acá en la tierra un concepto suficiente de lo que aquella dicha sea por la naturaleza de los bienes que se disfrutan y el carácter del sentimiento producido por aquel eterno goce: porque ninguna de las cosas que acá figuran como bienes, es capaz de darnos la imagen de aquella ventura que sobrepaja al pensamiento y rinde inútilmente todos los esfuerzos de la elocuencia humana. Pero tratándose de la eternidad, ella nos da ideas mas aproximadas, y esto no precisamente porque podamos concebirla de un modo pleno en su naturaleza y comprension, sino porque nos es muy fácil considerarla con solo atender al carácter propio del tiempo. Disfrútanse acá en la tierra cierto linaje de bienes, goza el hombre de algunos placeres, experimenta sentimientos de gratísima delicia; pero con todo anda unida siempre una sombra que roba parte de la luz, una idea que desconcierta, un sentimiento que parece inocular esencialmente la melancolia en todos los gustos de la vida. Todo acaba, ya en sí mismo, ya para el individuo que lo disfruta: el tiempo arrastra en su curso cuanto nace, crece y recibe ser de la mano del hombre y aun de la misma naturaleza. El nacimiento y la muerte, alternándose sin cesar, vienen á ser el verdadero carácter del movimiento físico y moral del mundo: brota un torrente, lleva sus aguas por los extendidos valles y con ellas la fertilidad y la abundancia; pero este raudal va á morir en el seno de los mares: revístense los campos de flores al despuntar la primavera, como de frutos los árboles al aparecer el otoño; mas termina la estacion florida y la estacion fecunda, y todo desaparece: cúbrese los campos de seco follaje que el viento arranca y arroja por todas partes, y esa aridez del invierno figura como el signo de la muerte en los bellos cuadros de la naturaleza. Altiérnense del mismo modo que las generaciones de las flores las familias de las aves, de los peces y de los animales que habitan la tierra: nacer y morir, he aquí el resumen del movimiento de la vida animal. Gratos son indudablemente, y los primeros en su género, los sentimientos de la familia: porque despues de Dios, Ser por esencia, hermosura increada, poder supremo, bondad infinita, y de Jesucristo Dios y hombre, despues de este órden exclusivamente sobrenatural, nada tiene el corazon de mas expansivo y dulce que las relaciones domésticas: ámanse tiernamente los esposos con un amor tanto mas fino cuanto mas legítimo y santo; aman los padres á sus hijos con una ternura que no es posible explicar; aman los hijos á sus padres con una adhesion íntima, con una cierta quietud y desahogo que constituye su felicidad bajo el techo doméstico; ámanse los hermanos cuando la natu-

raleza no ha sido contrariada por las pasiones. ¡Qué cuadro el de la vida doméstica! ¡qué vínculos tan estrechos! ¡qué sentimientos tan puros! ¡qué goces tan inefables y gratos! Pero ¡ay! hijos míos: anda el tiempo, y á cada paso arranca, por explicarme de esta suerte, un pedazo del corazon: al embeleso de la union conyugal sigue la desolacion de la viudez; al gusto del amor filial sigue el desamparo de la horfandad; y apenas se animan los labios con la sonrisa del placer cuando ya se anublan los ojos con las lágrimas del dolor.

19. Arrancado de estos goces el hombre por la accion destructora del tiempo, busca un consuelo para su corazon en el seno expansivo de la amistad; pero apenas se estrechan estos nuevos lazos y se empiezan á gustar los frutos de estas conexiones, cuando el amigo desaparece de la vista del amigo por la funesta virtualidad de la muerte. Este es el destino de todo lo que está medido por el tiempo: salud, comodidades, honores, rango, influjo social, riqueza, celebridad, gloria, placeres; todo desaparece, todo acaba, todo es irresistiblemente arrastrado al sepulcro, resumidero inmenso de todas las cosas humanas; y no por otra causa el sabio Rei Salomon dió el nombre de vanidad á todas las cosas terrenas, entrando aquí hasta la sabiduría del siglo y los pensamientos del hombre: ¡vanidad de vanidades, y todo vanidad!

20. ¿Dónde está pues el carácter del verdadero bien, el noble distintivo de la finca felicidad? En una duracion sin término, en la emancipacion sublime del tiempo y de la muerte. La misma virtud, cuyos goces purísimos son acá en la tierra lo único donde puede sentirse un algo de la celestial ventura, está siempre inquieta, siempre turbada, siempre recelosa de este curso del tiempo; teme morir en el instante que sigue, sucumbiendo á los enemigos del alma, cediendo á la tentacion, cayendo en el pecado, perdiendo la gracia y con ella sus medios de conservacion y sus títulos para la gloria. No hai remedio: bien que acaba, goce que desaparece, dicha que termina no es verdadero bien, no es verdadera felicidad: es preciso, absolutamente necesario, que la felicidad no acabe, para que merezca este nombre, y por lo mismo he dicho que en la eternidad del goce está precisamente cifrado el principal carácter de la bienaventuranza.

21. Esto es tan cierto, que aun algunos ejemplos de la Santa Escritura dan bastante luz para conocerlo. ¿No recordáis, hijos míos, que el apóstol San Pablo fué arrebatado en espíritu hasta el tercer cielo? ¿No dió cuenta á los suyos y en ellos á todos los cristianos de aquel viaje misterioso, pasivo y estático? Sí. Luego recibió un toque de gloria; vió, y oyó, y sintió la presencia de la bienaventuranza. Y sin embargo de esto, vedle despues clamar á grito herido contra la tentacion, temer á cada paso ser víctima de ella, recelar el ser reprobado, desear ardientemente la muerte para librarse del peligro: vedle incierto, dudoso, agitado, henchido de pena y tribulacion despues de haber estado instantáneamente con su espíritu en la morada de los justos. ¿Qué faltaba pues, os pregunto, á Pablo para ser feliz? No el ver, porque vió lo que el ojo no vió; no el oír, porque oyó lo que el oído no oyó; no el sentir, porque sintió lo que no pasó á hombre por pensamiento; ¿Qué le faltaba pues? Seguir viendo, y oyendo, y gozando, y seguir sin interrupcion, sin término y por siempre; le faltó la eternidad en el goce. Luego ella es el principal carácter de la bienaventuranza, y

por esto nuestra Madre la Iglesia la llama con tanta sabiduría como propiedad *Vida perdurable*.

22. Entre los misterios de Jesucristo Señor nuestro, correspondientes á los sucesos de su vida, se cuenta y venera el de su Trasfiguracion gloriosa en el Tabor entre Moysés y Elías y á la vista de Pedro, Santiago y Juan. Manifestándoseles allí con la rica vestidura de su gloria, resplandeciendo su rostro con mas claridad y hermosura que el astro de los dias, ostentando sus vestidos una blancura suprema incomparablemente mayor que la nieve, hizo aparecer momentáneamente sobre la cumbre de aquel monte una imagen de su gloria. Aquellos testigos afortunados, aquellos discípulos escogidos para presenciar el cuadro, sintieron un embeleso tan grato, un arrobamiento tal, un goce tan indefinible, como lo explican estas palabras de Pedro á Jesucristo: "Señor, bueno es que permanezcamos aquí!" *Domine, bonum est nos hic esse.* ¡Qué palabras, hermanos míos! ¡cuánto no están diciendo ellas á nuestra consideracion! Aquí aprendemos perfectamente á conocer lo inefable de la bienaventuranza: porque si una instantánea y reducida manifestacion de sus esplendores arrobó tanto á los discípulos de Jesús, ¿qué será ella en su totalidad, plenitud y duracion interminable? Pero lo que llama de preferencia mi atencion, y sobre lo que deseo fijar igualmente la vuestra, es lo que Pedro quiere y pide con motivo de lo que allí siente y goza: lo que quiere, lo que desea con vehemencia, lo que pide con ardiente solicitud, es que aquello no se acabe, que no termine, que no desaparezca, sino al contrario, que se conserve, subsista y permanezca para siempre. "Señor, bueno es que permanezcamos aquí," dice: y á fin de facilitar todo, propone la construccion de tres tabernáculos ó piezas de habitacion; uno para Jesucristo, otro para Moysés y otro para Elías, y solo aguarda, para poner mano en la obra, el consentimiento de su Divino Maestro. "Si quieres, le dice, hagamos aquí tres tabernáculos; uno para tí, uno para Moysés y uno para Elías. ¿Qué consecuencia inferis de todo esto, amados hijos? Que cualquiera goce, por intenso que sea, no puede constituir la felicidad si es que ha de concluir, y por lo mismo, que el carácter principal de la bienaventuranza es el gozarlo todo, pero por siempre y sin fin, gozarlo sin interrupcion, gozarlo por toda la eternidad. Pues tal es la vida de goces que Dios ha prometido á los justos en el Cielo, y por esto, volveré á repetirlo, se llama *Vida perdurable*. Ved ahora cómo este dogma, está indicado por la razon natural, confirmado por las Sagradas Letras y enseñado por la Iglesia católica.

23. Si la misma razon natural depurada en el crisol del Evangelio ha levantado el edificio de la filosofia moral sobre la base de nuestro último fin; si estudiando el cómo hemos sido hechos, infiere para qué fuimos criados; si de un entendimiento que siempre busca la verdad, y no puede hallarla toda en la presente vida, deduce que ha de haber otra vida en que la verdad se manifieste al hombre tal como es en sí misma, sin límites ni sombras; si de la libertad, que siempre busca el bien pero pocas veces le disfruta y nunca sin alternar con el sufrimiento del mal, infiere que ha de haber otra vida en que se goce el bien todo y no se sufra el mal; si admirando el contraste entre la inmensidad de nuestros deseos y de nuestro pensamiento y los límites que les ponen por todas partes el tiempo y el espacio, proclama como una consecuencia infalible, no solamente la

espiritualidad, sino tambien la inmortalidad del alma; ¿no estáis viendo y palpando en cierto modo que el dogma de la eternidad está indicado por la misma razon? En efecto, hijos míos: el alma es inmortal; luego ha de vivir siempre: el vivir del alma está en el pensamiento y el sentimiento; luego nunca dejará de pensar ni sentir, luego pensará y sentirá despues de esta vida y por toda la eternidad. ¿Cómo pensará y sentirá? He aquí una cuestion que se resuelve toda por los hechos de la libertad y los derechos de la justicia. El hombre es libre y su alma inmortal: luego su conducta en el tiempo decidirá de su suerte en la eternidad. ¿Obró el bien, murió en gracia? Su futuro será pues todo felicidad. ¿Obró el mal, murió reo de pecado? Luego su futuro será una desgracia eterna. Ved pues cómo la eternidad feliz de los justos está deducida de la naturaleza é inmortalidad del alma por una parte, y del buen uso de la libertad y aplicacion de la justicia por otra.

24. ¿Pero qué necesidad tengo yo de recurrir á tan escasa luz cuando el dogma que me ocupa resplandece todo, como en el centro de un sol, en el fondo mismo de las Sagradas Letras? No ha mucho he citado varios textos de ambos Testamentos en prueba de una eternidad desgraciada. Pues bien: por una razon contraria pero estrictamente lógica, confirman ellos mismos el dogma de una eternidad feliz. Si "no ha de morir el gusano que roe las entrañas de los réprobos, ni se ha de apagar el fuego que les atormenta," como dice Isaiás; tampoco podría cesar sin que fallase la justicia de un Dios el cumplido goce de los escogidos, la presencia de Dios que regala su vista, el amor que hace vivir su corazon, la union con él que constituye su felicidad. Si han de ser sempiternos los ardores que castiguen á los peciticos, ¿cómo podrian ser temporales las delicias que recompensan á los justos? Mas para no reducernos á la expresion de simples consecuencias, veamos terminantemente inculcado este dogma en las Sagradas Escrituras. ¿Qué leemos en el capítulo XII de la profecia de Daniel? que "la muchedumbre de aquellos que duermen y descansan en el polvo de la tierra, despertarán: unos para la vida eterna y otros para la ignominia, la cual tendrán siempre "delante de sí." ¿Qué papel hacen los escogidos en la sencilla y sublime alegoría del Bautista, cuando figura á Jesucristo como un labrador en el acto de recoger lo que ha cosechado? El de trigo que pone en su granero. ¿Y á qué se contraponen este trigo? A la paja que arderá en el fuego inextinguible. Luego si esta paja no ha de dejar de arder, pues tanto así quiero decir fuego inextinguible; tampoco aquel trigo dejará de estar en el granero, es decir: si los réprobos nunca dejarán de arder; los justos nunca dejarán de gozar. Cuando aquel Doctor de la Ley le preguntaba á Jesucristo lo que habia de hacer para ganar la vida eterna, y el Divino Maestro satisfizo á su pregunta, ¿no inculcó este mismo Señor el dogma de la eternidad feliz? En cierta ocasion dijo á sus discípulos: "Cualquiera que habrá dejado casa, ó hermanos ó hermanas, ó padre, ó esposa, hijos ó heredades por causa de mi nombre, recibirá cien veces más, y poseerá la vida eterna." (Math. XIX, 29). Ved aquí el dogma enseñado directamente por el mismo Jesucristo. Cuando leemos en el Apocalipsis, que han de acabar todas las lágrimas y penas, el dolor y la muerte misma para los justos, ¿no vemos claramente que la bienaventuranza consiste en la perpetua cesacion de todo mal y constante goce de todo bien?

25. Ved pues, hijos míos, lo que es aquella felicidad, por el carácter de los bienes que comunica, de los goces que dispensa, de la vida que forma: felicidad pura, que no tiene ni puede tener mezcla ninguna de mal; felicidad suma, que abraza todo linaje de bien; felicidad, por último, que no acabará nunca jamás. ¡Qué mas se necesita, decidme, para fortalecernos contra el pecado, decidrnos por la virtud y dar de mano á todos los falsos placeres de los sentidos, á todos los bienes transitorios de este mundo, que la contemplación de esta dicha suprema que ha de recompensar en el Cielo las virtudes de los escogidos? "Si consideramos, dice San Gregorio, cuáles y cuán grandes son las cosas que nos están prometidas en los cielos, aparecen vilísimas al espíritu todas las cosas que se poseen en la tierra. La sustancia terrena, kéjos de ser un subsidio, es un gravoso peso comparada con la bienaventuranza; la vida del tiempo es muerte y no vida comparada con la de la eternidad. ¡Dónde está la lengua capaz de expresar, ni el entendimiento que sea parte á comprender toda la grandeza de los goces de aquella Ciudad celestial?" "Allí, dice San Juan Crisóstomo, todo es júbilo, alegría, felicidad: allí día sin siguiente, esplendor y luz sin sombra ni mezcla, luz nueva tan superior á la que nos ilumina, como lo es ésta misma al pálido reflejo de una lámpara nocturna; luz siempre viva, siempre benéfica y pura, cuyos rayos no son interceptados por las tinieblas ni por las nubes, ni alterados por las vicisitudes de las estaciones; luz inefable, que no se comunica sino á los que hayan sido juzgados dignos de conocerla. Allí juventud, vigor perdurable; no existe la vejez con los achaques que la acompañan, ni la mortalidad con el triste patrimonio de la corrupción que arrastramos cerca de nosotros. Una gloria inalterable viste, penetra á todos los Santos, y lo que á todas las felicidades excede, es la dicha de gozar incesantemente de las conversaciones de Jesucristo, de la sociedad de los ángeles, de los arcángeles y de los poderes celestes."

26. Ea pues, amados hijos, cese ya de atraer vuestras miradas, empeñar vuestra solicitud y dominar vuestro corazón este mundo con sus mentidos goces, sus riquezas miserables, sus engañosos placeres: que no fascinen ya vuestras miradas ni las riquezas que abandonan al hombre en el sepulcro, ni los honores que desaparecen como un relámpago, ni el poder arrastrado á la nada en la corriente de los siglos, ni los deleites que sirven solo para emponzoñar la vida, ni las comodidades temporales, buenas únicamente para hacer mas amargo el instante de la partida, ni las conexiones de la sangre, sujetas al dominio de la muerte. Buscad únicamente los bienes verdaderos y únicos, que nunca sufren el contacto del mal, que cierran el curso á los deseos del corazón porque lo encierran todo, y se gozan sin zozobra porque no acabarán jamás: anhelad por la magnificencia de los cielos, por la vista eterna de Dios, por la vida de su amor, el goce de su gloria: trabajad infatigables por permanecer en la amistad y gracia del Señor, y estad seguros de que arribaréis infaliblemente á la dichosa patria donde respiraréis á salvo del peligro de todo mal, disfrutaréis la suma de todos los bienes y permaneceréis en la vista, goce y posesion de este patrimonio infinito por toda la eternidad.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE.

CARTA PASTORAL anunciando á los fieles una série de instrucciones pastorales sobre la doctrina cristiana.....	pág. 1
INSTRUCCIONES PRELIMINARES.	
PRIMERA. —Consideraciones generales sobre la naturaleza, causa, término y último fin del hombre.....	25
II. —Sobre el nombre particular que recibimos en el Bautismo y la devoción que debemos tener al Santo de nuestro nombre.....	33
III. —Sobre la dignidad y excelencia del nombre y carácter del cristiano.....	38
IV. —Sobre las obligaciones que nos impone el carácter y título de cristianos.....	45
V. —Sobre la Santa Cruz considerada como la insignia y señal del cristiano.....	54
VI. —Sobre la obligación que tenemos de buscar el último fin para que fuimos criados.....	65
VII. —Sobre Dios, considerado como el primer principio y al mismo tiempo el último fin del hombre.....	71
VIII. —Sobre el modo con que debemos servir á Dios en esta vida, para verle y gozarle en la otra como nuestro último fin.....	77
IX. —Sobre la necesidad de saber y entender la doctrina cristiana, para practicar las obras de fe, esperanza y caridad, con que debemos servir á Dios en esta vida.....	88
X. —Sobre la verdad considerada en sí misma, en sus diferentes objetos y en sus relaciones con el entendimiento humano.....	100
XI. —Sobre los tres diversos modos con que la verdad está en el alma, segun que viene de la ciencia, del testimonio humano ó de la revelacion divina.....	113
XII. —Sobre la posibilidad de una revelacion divina.....	122
XIII. —Sobre la necesidad de una revelacion divina y la importancia que sin embargo de ella tiene la razon humana.....	134
XIV. —Sobre las Santas Escrituras consideradas como el depósito de la revelacion divina.—Autoridad del Antiguo Testamento.....	144
XV. —Sobre la autenticidad, verdad é integridad de los Libros del Nuevo Testamento	160
XVI. —La divinidad de las Santas Escrituras probada por la de nuestro Señor Jesucristo.....	171
INSTRUCCIONES SOBRE LA PRIMERA PARTE DE LA DOCTRINA CRISTIANA.—LOS DOGMAS DE LA FE.	
PRIMERA. —Sobre la fe considerada como doctrina, como virtud y en sus actos.....	185
II. —Sobre el Símbolo de los apóstoles, el de Nicéa y el conocido por de San Atanasio.....	198
III. —Sobre la autoridad de la Iglesia para enseñar la Doctrina.....	204
IV. —Sobre la primera palabra del Símbolo.—Consideraciones generales sobre la creencia católica.....	214
V. —Sobre la existencia de Dios.....	227
VI. —Sobre la naturaleza y perfecciones infinitas de Dios en cuanto son conocidas por la razon y por la fe.....	237